

# LA IGLESIA SE ENTREA B R E

EDITORIAL

A  
L  
D  
I  
A  
L  
O  
G  
O

El valor y la esperanza han vencido al temor. La Conferencia Episcopal lo ha demostrado. Lo comprobamos con alivio y alegría. Esta asamblea podrá, tal vez, llegar a ser considerada como decisiva en la historia de nuestra Iglesia.

Por primera vez los representantes oficiales de los religiosos pudieron compartir todas las tareas de la Conferencia y sentir el latido de sus preocupaciones. También por primera vez, un grupo de sacerdotes de base fue invitado en representación de sus hermanos de ministerio.

Pero la confirmación de esta actitud valiente —somos conscientes del riesgo que encierra— lo constituyó el hecho de haber recibido a medio centenar de sacerdotes que presentaban una clara discrepancia con la actuación de un señor Obispo. Este hecho tiene especial significación en un momento en que existían motivos de tensión en las mutuas relaciones.

Las tensiones en la iglesia no siempre son signos negativos; muchas veces han sido creadoras fecundas de la verdad. En tensión, por ejemplo, rompió la primera comunidad cristiana el cerco judío e hizo comenzar con realismo la misión universal de la Iglesia. La Asamblea episcopal demostró con su actuación que no hay "rebeldes" ni "dictadores". Es verdad que existen diversos puntos de vista, distintos deseos y temores, basados en un deseo común de vitalizar la Iglesia. Pero cuando tales opiniones distintas se ponen en comunicación, su capacidad constructiva crece de manera insospechada.

La incomunicación existente antes de la Conferencia —sin querer juzgar a quién corresponde la responsabilidad del hecho— estaba propiciando un ambiente de atrincheramiento estable, inamovible. Pero el deseo compartido por todos de buscar una Iglesia más unida y evangélica —más de Cristo— superó recelos y temores. Y se aclararon preven- ciones: ni los sacerdotes impacientes resultaron tan "rebeldes" ni los señores Obispos tan herméticamente "cerrados". En términos demagógicos —tan actuales en la moderna terminología— podríamos decir que en El Hatillo recibieron la primera derrota tanto la jerarcolatría como la jerarcofobia. Y salió ganando el Pueblo de Dios.

El diálogo parece haber comenzado. No será fácil recorrer el camino de su desarrollo en extensión y profundidad. Conocemos las metas ideales que quizá nos puedan parecer contraproducentes ante la siempre limitada realización. Pero sin ellas difícilmente podríamos tener una línea orientadora acerca de la necesaria acción dialogal. Quisiéramos ayu- dar a que se realice esta necesidad con una reflexión sobre las condiciones del diálogo fecundo.

## *condiciones del diálogo*

Abierto, no meramente diplomático: Nuestra Iglesia requiere planteamientos a fondo. Muy sinceros. Con caridad, pero con confianza. Sin agresiones ni temores a represalias personales. Con deseos de conocer los fundamentos de la posición del otro. Hay entre nosotros una enorme ignorancia de las mentalidades, de los enfoques, de las dificultades pastorales, de las experiencias fallidas y exitosas de unos y otros.

Diálogo donde se hable y se escuche: Tenemos muy agudizado el sentido para cons- tatar hechos criticables, tomas de posición en apariencia infundadas, censuras a primera vista arbitrarias. También somos capaces de presentarnos a expresar nuestra desapropa- ción. Pero ¿somos capaces de acudir a escuchar con actitud abierta las razones de la ac- titud contraria? ¿Escuchamos, por ejemplo, al Obispo las razones que tiene para advertir? ¿Se escucha al sacerdote sus razones para no aceptar tal o cual estilo de vida frecuente en la Iglesia?

La verdad es que ni el que frena ni el que acelera es, sin más, de Cristo, sino el que mejor se acomoda al Evangelio. Ni lo tradicional ni lo novedoso son los principios últimos de orientación, sino el Espíritu de Cristo, que en cada contexto nos lleva a estudiar cuál es nuestra labor de Evangelio. Para llegar a la verdad en común es tan necesario el es- cuchar como el hablar.

Diálogo dispuesto a modificar posiciones: Lo modificable en el cristianismo es mucho más de lo que pensamos rutinariamente. Sin esta convicción, el diálogo resulta una farsa diplomática, un engaño inútil y pérdida de energías.

## *¿qué buscamos en el diálogo?*

Una Iglesia más imagen de Cristo: No más fuerte ni más prestigiosa. No ciertamente más cómoda. Con autonomía ante los poderes. Dispuesta a respetarlos y ayudarlos en cuanto sirven a la comunidad y sin temor a denunciarlos cuando abusan o se endiosan. Dada a perdonar más que a condenar. Comunicadora del Espíritu de amor del Padre y no defensora de meras leyes que cargan y agobian sin dar fuerza para servir. Con un sentido especial de entrega a los pobres, en los que Dios ve las víctimas de la explotación humana. En otras palabras, buscamos en el diálogo una Iglesia más imagen de Cristo.

Una Iglesia más libre: Libre, ante todo, de sí misma. De su pasado en cuanto tiene de atadura. De su presente en lo que tiene de instalada. De su futuro en lo que implica de miedo.

Libre de compromisos: de los que una vez contraídos controlan y amordazan el Evangelio. De los que honran e inciensan haciéndonos creer que todo lo nuestro es de Dios. De los que —derechistas e izquierdistas— nos alaban y ensalzan para cobrarnos después su tributo político.

Una Iglesia más liberadora: No porque ella tenga soluciones políticas, económicas o fórmulas mágicas para resolver problemas. Liberadora porque hace del creyente un hombre identificado con el prójimo y dispuesto a darlo todo por él. Porque su fe no es un enunciado simple de verdades, sino vida que actúa en caridad (Gal. 5, 6).

Liberadora porque denuncia y actúa contra toda explotación y dominación del hombre fuera de la Iglesia y aun dentro de ella.

Liberadora porque comunica el sentido de la vida que nos da Cristo. Una vida que da fuerzas para construir la convivencia humana enriquecedora en la justicia.

Una Iglesia más viva: Cuya presencia se sienta en la situación actual y orientada hacia el futuro. En la que el Espíritu que actúa en todos sea escuchado públicamente y privadamente. Atenta al estudio de las diversas situaciones en que vive el hombre. Que, unida en comunidad, determine cuál ha de ser su compromiso con el hombre en busca de liberación. Una Iglesia donde todos puedan aportar las vivencias de su fe. Una Iglesia que actualice la sabiduría que le dan los siglos de experiencia, pero que no se deja atar a los aspectos fosilizantes de tradiciones históricas.

## *cómo avanzar en el diálogo*

Hemos iniciado el camino del diálogo. La presencia de los religiosos puede conducir a una verdadera pastoral de conjunto. El aislamiento de los religiosos se estaba haciendo sentir en la unidad pastoral. La presencia de sacerdotes de base dará realismo a la acción pastoral. Sin duda, se podrá mejorar y profundizar su participación, pero quien bien comienza se dice que tiene ya la mitad del camino andado. Nos falta todavía dar un paso más en extensión. Se trata de la presencia de seculares. Somos sinceros al decir que es preocupante su ausencia, pero el paso dado iniciado nos asegura en la esperanza.

Tenemos el clericalismo de derechas. No menos el de izquierdas. Confesamos, en teoría, que seculares y clérigos formamos la Iglesia. Reconocemos funciones y ministerios concretos para cada uno de los sectores componentes. Pero la división de la Iglesia en docente y discente nos ha llevado a un divorcio entre los que oyen y los que hablan: quienes hablan no oyen y quienes oyen no hablan. De hecho, la Iglesia sigue apareciendo como casa de clérigos.

Los clérigos discuten y después pastorean al rebaño, que escucha las verdades ya elaboradas. Esta situación cambiará cuando los seculares puedan ejercitar su adultez cristiana. Su presencia hará que nuestras discusiones sean más amplias y reales. No seremos una Iglesia junto al mundo, sino una Iglesia en el mundo, vibrando —con todos sus riesgos— ante todos los problemas de la Humanidad. Allí es donde el cristiano vive su fe y comparte el sentido de su vida.

La Iglesia no está para hablar de sí misma ni para defender sus intereses, sino que es la mensajera de Cristo liberador del hombre en su situación concreta. Cuanto más activos y presentes estén los seculares en nuestra Iglesia, responderemos más a lo que la Iglesia debe ser.

Quienes creemos en la Iglesia una, jerárquica y servidora del mundo en la tarea de liberación pascual del hombre, nos alegramos del paso dado. El recorrer juntos la tarea eclesial nos ayudará a presentar a un Cristo liberador que rechaza sin miedo todo lo que oprime al hombre y asume todo lo humano al diálogo con Dios. Sin El la alienación humana es insuperable en su trágica profundidad.